

Máscaras para un concierto, la otra cotidianidad

Por Jeannine Zambrano

Revista *Cuadernos* (Guayaquil) 14 (septiembre 1987): 46 – 48.

Indudablemente, la literatura contemporánea le debe un gran tributo al francés Gustave Flaubert, escritor que, a mediados del siglo XIX, fabuló la vida de una bella provinciana amante de las novelas románticas, cuyo drama consistió en vivir encerrada en un matrimonio que nunca satisfizo sus anhelos. Me estoy refiriendo, naturalmente, a la madame Bovary de Flaubert. Estoy aludiendo al tributo de un autor que descubrió —y demostró vastamente ese descubrimiento— que la literatura no necesitaba poetizar la vida de seres o hechos excepcionales o fantásticos para ser literatura, que el arte no solo existe para pintar las excepciones, sino también para conseguir que la criatura más insignificante se convierta en foco de nuestro interés.

Ahora bien, ustedes se preguntarán si acaso el tema de este artículo gira en torno a Flaubert. Me dirán —si pudieran contestarme— que se trata del comentario de un libro del autor ecuatoriano Raúl Vallejo. Debo pues explicar que encuentro indispensable referirme a Flaubert, básicamente porque la poética que defendió ilustra de forma amplia la elección estética del autor de *Máscaras para un concierto*, libro de cuentos que nos ocupa.

Pienso que gran parte de la literatura y el arte del siglo XX se mueve entre dos grandes tendencias o poéticas. Por un lado, la poética de lo extraordinario, en la cual se encuentra lo excepcional, lo fantástico, lo real maravilloso, lo mágico, lo mítico. Por otro, la poética de lo ordinario — o de la vida ordinaria como dijera Flaubert—, que da cabida a los hechos comunes y corrientes, a las situaciones de todos los días, aun a las que podríamos denominar situaciones mediocres, es decir, hechos que a primera vista no presentan nada interesante y que, más todavía, pueden llegar a caer en lo despreciable. Así por ejemplo, si ese gran realista que fue Dostoievsky, literaturizó las grandes pasiones de seres excepcionales, fue Flaubert quien se ocupó de las vidas mediocres, de los seres anodinos, insignificantes. El libro *Máscaras para un concierto* es directo heredero de Madame Bovary, elección estética que conlleva muchos riesgos y que demanda un gran trabajo estilístico por parte del escritor. El desafío que se presenta es entonces:

¿Cómo iluminar una vida mediocre, como convertirla en arte, como obtener de ella un descubrimiento humano y social que entregar al lector? Este libro ha aceptado el desafío y nos entrega una propuesta al respecto. Revisemos entonces los cuentos de Raúl Vallejo.

Externamente, los cuentos se presentan divididos en cuatro partes. La primera parte, titulada muy simbólicamente “Arte Poética”, está formada por un solo cuento, en el cual se alternan dos voces narrativas: la de una joven prostituta en espera de un cliente, y la de un narrador omnisciente que interpela al personaje y observa que ella es una “prisionera de sus palabras”. El cuento, llamado “Una marioneta extraviada en el escenario” plantea desde un comienzo los cauces generales de la poética base de este libro, que podrían ser resumidos así:

a) En primer lugar, el narrador defiende un intento de fidelidad a la vida, a la

realidad, antes que una preocupación por la verosimilitud. Lo que se convierte en una declaración de Realismo.

b) En segundo lugar, este narrador revela la conciencia de que esa búsqueda de Realismo nunca podrá ser una copia de la realidad, que existe una mediación: la selección del autor de los detalles y circunstancias de la realidad que le parezcan representativas y ricos en sentido.

La segunda parte lleva por título “Cinco para concierto”. Consta de cinco cuentos, en los cuales encontramos como denominador común la literaturización de personajes de clase media, con las alienaciones características de esta clase, con vidas rutinarias y de estrechas perspectivas. Es en este grupo de cuentos —más que en ningún otro— donde se evidencia la estética flaubertiana, que bien puede ser llamada la estética de la mediocridad y del fracaso. Por otro lado, el Realismo se enriquece por el excelente manejo de los diálogos, lo cual confiere agilidad o intensidad al discurso narrativo. Estamos, sin duda, frente a una estética realista, que ha optado por la concisión y la síntesis y no por el detallismo o la lentitud que caracterizo al Realismo tradicional (al mismo Flaubert, inclusive). Esta concisión se proyecta también en el lenguaje del narrador, un lenguaje sutil que, aunque no sobreinterpreta las situaciones, aunque permite la participación activa del lector, logra que ese lector se cuestione y llegue hasta a rechazar el mundo de los personajes. Sobresalen en este grupo dos cuentos muy bien logrados estructuralmente hablando: “Los pecados veniales del Padre Mera”, y “Mangas largas con los ojos de Helena”.

El mayor mérito de “Los pecados veniales del Padre Mera” es sin duda su protagonista: un joven cura de una acomodada parroquia que decide emprender la tarea de terminar una iglesia que llevaba años en construcción y se encuentra condicionado y manipulado por los intereses y ambiciones tanto de los feligreses como de los representantes eclesiásticos. El personaje del Padre Mera llega a convertirse en el símbolo del fracaso de todo proyecto puro y auténtico, del creyente que sucumbe ante los poderosos, a tal punto que termina cuestionando su fe, su autenticidad, su limpieza de espíritu.

“Mangas largas con los ojos de Helena” es indudablemente un cuento flaubertiano. Helena y Juan, novios próximos a casarse, son dos empleados de un gran almacén de ropa. La historia ocurre cerca de la Navidad. Juan sufre día tras día el drama de tener que disfrazarse de Papa Noel y distraer a los clientes de la tienda. Helena trabaja en la sección de ropa para caballeros; ahí conoce a un ejecutivo de ventas con quien vive una aventura amorosa que la saca momentáneamente de su rutinaria existencial y la hace sentirse heroína de película romántica. El gran mérito del cuento es lograr una verosímil y profunda configuración de estos personajes: seres nada excepcionales y, por el contrario, bastante anodinos. Otro elemento igualmente bien logrado es la atmósfera asfixiante y cerrada que envuelve a Juan y Helena. Lo que pudo ser un drama o melodrama romántico, o un azucarado cuento navideño, se presenta como un texto que, al igual que un escalpelo, inicia de en la esencia descarnada de ciertas realidades y las desenmascara de su apariencia encubridora. Empiezan a caer las máscaras de este concierto.

La tercera parte del libro, que lleva por nombre “Postales”, explora un sector de mundo diferente al anterior: el mundo de lo marginal, que no por serlo esta menos

automatizado ante nuestra sensibilidad. Así, recorren sus páginas, la tragedia de un payaso enamorado de un imposible, la de un indígena que vive de bajar hielo del páramo, la tragedia de un pueblo alienado por una conciencia supersticiosa, la de un travesti que asesinó a su gran amor, la de un profesor homosexual asesinado también por su amante de turno. Estas realidades, aun cuando no son anodinas en si mismas, de tanto repetirse en la crónica roja, en la estampa folklórica, ya no nos llaman la atención.

En estos cuentos, aunque el lenguaje sigue siendo directo y conciso, se observan recursos estructurales que no aparecieron antes; sobre todo en lo referente a la multiplicidad de voces narrativas, que inevitablemente convierten al lector en un reconstructor de la historia narrada.

La última parte del libro, titulada “Retrato de familia en sepia” gira en torno a problemas familiares y esta integrada por seis cuentos. Es posible ubicar muy claramente dos tendencias diferentes en el tratamiento del tema de la familia: una tendencia desmitificadora de la sublimación de la familia, en un intento de mostrar el lado asfixiante y deformador de la misma; y otra tendencia que más bien explora, a partir del recuerdo, en el pasado de algún miembro de la familia (una abuela viuda, una tía solitaria, un personaje que recuerda la última Navidad con su padre, una secuencia de tres generaciones malditas por un asesinato inicial). Encontramos aquí una peligrosa proximidad al tono y la temática de un narrador colombiano muy famoso, proximidad que empaña nuestra lectura, aun cuando los cuentos hacen gala de una habilidad técnica incuestionable.

Como en la mayoría de las producciones de jóvenes autores, estamos ante un conjunto de cuentos desiguales. Ahora bien, definitivamente, hay algunos en los cuales el gran manejo de la técnica y el lenguaje se complementa armoniosamente con una profunda visión del mundo y una riqueza de sentidos. Aplaudo en ellos la huida del melodrama, del simplismo, del maniqueísmo. Saludo la perspectiva lúcida y desmitificadora con que enfrentan la realidad. Testimonio el goce lectura que representan, goce que, entre otras cosas, reside en el estilo. Un estilo que —como quería Flaubert— “entra en la idea como un corte de estilete, donde nuestro pensamiento vaga sobre superficies lisas, como cuando una canoa navega con buen viento.”

Los textos se comunican entre sí, nos ha dicho con mucha razón Umberto Eco. En todo texto se establece un diálogo entre dicho trabajo y otros textos escritos anteriormente (lo hemos comprobado con Flaubert). Hay también un diálogo entre el autor y el lector modelo para quien aquel crea estrategias de interpretación. Yo agregaría que, por otro lado, se establecen además una serie de expectativas —no precisamente un diálogo— entre el lector real y el autor modelo, expectativas que van desde el intento de imaginar como es el autor en su vida personal, en que se basó para escribir su libro hasta el intento de prever qué otros libros podría escribir. Me he preguntado esto último frente a un autor que ha demostrado conocer bastante bien los artificios de la escritura. Porque si de escribir se trata —y más aún, de crear—, nunca podrá decirse que un estilo está hecho.